

EL ADVIENTO

El Adviento es un tiempo en que la comunidad eclesial es convocada a preparar la Navidad, a crecer en la esperanza, a acoger con fe la venida continuada de su Señor, Cristo Jesús.

El hecho de que la fiesta de la Navidad pueda coincidir en diversos días de la semana, hace que el Adviento sea variable en su extensión. Puede ser de tres semanas justas, si el 25 de diciembre es lunes. O de cuatro exactas, si es domingo.

La gracia del Adviento

Es un tiempo hecho sacramento: signo eficaz de la gracia que Dios comunica a su Iglesia y de la fe con que la comunidad eclesial acoge este don siempre nuevo de Dios. La historia de la salvación se actualiza sacramentalmente.

El Adviento forma una unidad de movimiento con la Navidad y la Epifanía. Las tres palabras vienen a significar lo mismo: venida, nacimiento, manifestación. El Dios que ha querido ser Dios-con-nosotros entró hace dos mil años en nuestra historia en Belén, pero la actualiza sacramentalmente cada año en este tiempo fuerte de seis o siete semanas: desde el primer domingo del Adviento hasta la fiesta del Bautismo del Señor.

Un tiempo que ante todo es de gracia, y a la vez constituye como una formación permanente y una profundización de la vida cristiana en sus actitudes fundamentales de fe y esperanza.

Las lecturas dominicales y las de feria

En el Adviento, las lecturas principales y más céntricas, tanto de los profetas como del evangelio, se han reservado para los cuatro domingos. En estos días aparecen, por ejemplo, las llamadas a la vigilancia escatológica del final de los tiempos, las consignas del Bautista sobre la conversión y la preparación de los caminos del Señor, y la preparación inmediata de la Navidad.

En las ferias, por medio de un Leccionario totalmente nuevo, se complementa y profundiza este mensaje para los que celebran la Eucaristía con un ritmo diario. Y siempre, domingos y ferias, la Palabra de Dios nos va iluminando y guiando, consolando y juzgando, para que nos preparemos bien a la celebración de la Navidad.

Hasta el 16 de diciembre

El tiempo de Adviento está dividido en dos partes muy definidas: la primera hasta el 16 de diciembre, y la segunda del 17 al 24 de diciembre.

Hasta el 16 de diciembre, las profecías mesiánicas orientan nuestra mirada hacia la venida de Cristo, pero entendiéndola también como escatológica, la venida definitiva al final de los siglos. La venida de Belén, hace dos mil años, no hizo más que inaugurar el Reino mesiánico. El proceso de maduración va hacia delante, hasta el final de la historia.

En esta primera parte del Adviento, las lecturas tienen una organización muy definida.

La primera semana, y hasta el miércoles de la segunda, el que de alguna manera determina el hilo conductor es *el profeta Isaías*. Las primeras lecturas son siempre de él, con su anuncio de la salvación mesiánica. El salmo profundiza luego en esos anuncios y los convierte en oración, y el evangelio nos va mostrando cómo en Jesús de Nazaret se cumplen esas promesas.

A partir del jueves de la segunda semana, y hasta el día 17, la figura que concentra la atención es la de *Juan Bautista*. De él hablan los evangelios de estos días, mientras que las primeras lecturas siguen iluminando de alguna manera, con las imágenes de los profetas antiguos, los pasajes evangélicos.

Desde el 17 al 24 de diciembre

Desde el día 17 hasta el 24 de diciembre, en lo que se ha llamado «novena», o «semana santa de Navidad», la mirada se centra más en la preparación próxima de la Navidad. O sea, de la celebración sacramental de la venida de Cristo, actualizada «hoy», en la Navidad de este año concreto de nuestra historia.

Las lecturas de estos días tienen otra organización. Son los evangelios los que marcan el ritmo, y nos van conduciendo hacia la Navidad con los pasajes de la anunciación del Bautista y de Jesús, y sus respectivos nacimientos. El protagonismo ahora va a ser de *la Virgen María*, la Madre del Mesías. Las primeras lecturas preparan a los respectivos evangelios, casi siempre estableciendo un paralelismo entre situaciones de salvación en el A.T. y la cercanía del nacimiento del Mesías.

Los prefacios de la primera parte del Adviento

Hay dos prefacios que se van alternando en la primera parte del Adviento, hasta el día 16: el I y el III. En la segunda parte del Adviento, del 17 al 24 de diciembre, el Misal ofrece otros dos prefacios, que miran más en concreto a la fiesta de la Navidad.

Los dos de la primera parte ponen de relieve la dinámica tensión entre la venida primera y la última:

Prefacio I: Las dos venidas de Cristo

... por Cristo, Señor nuestro.
Quien al venir por vez primera
en la humildad de nuestra carne,
realizó el plan de redención trazado desde antiguo
y nos abrió el camino de la salvación;
para que cuando venga de nuevo
en la majestad de su gloria,
revelando así la plenitud de su obra,
podamos recibir los bienes prometidos
que ahora, en vigilante espera,
confiamos alcanzar...

Este prefacio dirige nuestra atención a la última venida de Cristo, que es presentada con un paralelismo antitético con la primera:

- en Belén vino «en la humildad de nuestra carne», entonces será «en la majestad de su gloria»,
- en Belén «realizó el plan de redención trazado desde antiguo», entonces podremos ya «recibir los bienes prometidos»,
- hace dos mil años «nos abrió el camino de la salvación», mientras que al final se verá «la plenitud de su obra», que habrá madurado hasta la salvación definitiva.

Mientras tanto, al celebrar este Adviento, nosotros estamos «en vigilante espera», y «confiamos alcanzar» lo que se nos promete cada día por voz de los profetas. Sobre todo cuando celebramos la Eucaristía, que cada vez es condensación de toda la historia de la salvación, «hasta que venga».

Prefacio III: Cristo, Señor y Juez de la historia

... Padre todopoderoso,
principio y fin de todo lo creado.
Tú nos has ocultado el día y la hora
en que Cristo, tu Hijo,
Señor y Juez de la historia,
aparecerá, revestido de poder y de gloria,
sobre las nubes del cielo.
En aquel día terrible y glorioso
pasará la figura de este mundo
y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva.
El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria
viene ahora a nuestro encuentro
en cada hombre y en cada acontecimiento,
para que lo recibamos en la fe
y por el amor demos testimonio
de la espera dichosa de su reino...

También este prefacio nos hace mirar al día de la venida gloriosa de Cristo.

Dios es el señor de la historia, principio y fin de todo. Él es el que ha establecido el tiempo de la plenitud, en que vino su Hijo a nuestra familia huma y el que también ha pensado cuándo será la vuelta gloriosa del mismo Je como Juez de vivos y muertos.

El día final será a la vez «terrible y glorioso». El que ahora viene humilde en Belén, vendrá entonces en gloria. Y «pasará la figura de este mundo para dejar paso a «los cielos nuevos y la tierra nueva».

Pero entre el ayer de Belén y el mañana de la parusía está el hoy de nuestra vida de cada día. Y aquí también «viene» Cristo Jesús a nosotros: «vi a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento». Nuestra acogida en este Adviento debe ser de fe y amor: «para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio». El mejor testimonio de que cree verdaderamente en el Enviado de Dios es que vivamos en la caridad esperanza gozosa.

Tiempo mariano

Los días del Adviento tienen un color entrañablemente mariano, que continuará a lo largo de la Navidad y de la Epifanía, porque María de *Nazaret* la Madre del Mesías, estuvo a su lado en todos estos acontecimientos; voluntad divina. Ella es el mejor símbolo de la Iglesia que celebra la «*v*» de Cristo, la mejor Maestra de la espera de Adviento, de la alegría acoge de la Navidad y de la manifestación misionera de la Epifanía.

Además, las fiestas de la Inmaculada, de la Sagrada Familia y de Santa María Madre, dan todavía a estas semanas mayor contenido mariano. Bien podemos hablar de María como Nuestra Señora del Adviento, Nuestra Señora de la Navidad y Nuestra Señora de la Epifanía. La humilde mujer de Nazaret, verdadera «hija de Sión», representante de todo el pueblo de Israel, y a la vez la primera cristiana que acogió la salvación de Dios.

Así lo expresó magistralmente Pablo VI en su exhortación *Marialis Cultus*:

Durante el tiempo de Adviento, recordamos frecuentemente en la liturgia a la Santísima Virgen.

Aparte la solemnidad del día 8 de diciembre -en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz comienzo de la Iglesia, hermosa, sin mancha ni arruga-, la tenemos presente sobre todo en los días feriales desde el 17 al 24 de diciembre, y singularmente el domingo anterior a la Navidad, en que se leen las antiguas voces proféticas sobre la Virgen María y el Mesías, así como los relatos evangélicos referentes al nacimiento inminente de Cristo y del precursor.

De este modo, los fieles, que trasladan de la liturgia a la vida el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sienten animados a tomarla como modelo y a prepararse, vigilantes en la oración y jubilosos en la alabanza, para salir al encuentro del Salvador que viene.

Queremos, además, señalar cómo la liturgia del Adviento, uniendo la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre, presenta un feliz equilibrio a la hora de expresar el

culto. Equilibrio que puede ser tomado como norma para impedir todo aquello que tiende a separar, como sucede en algunas formas de piedad popular, el culto a la Virgen de su necesario centro de referencia, Cristo.

Resulta así que este período, como han observado los especialistas en liturgia, puede ser considerado como un tiempo particularmente apto para rendir culto a la Madre del Señor: orientación que confirmamos y deseamos ver acogida y seguida en todas partes (MC 3-4).